

Chocolate

Lupita Arciga

Chocolate

Lupita Arciga

Capítulo 1

Chocolate

Te tumbas en uno de tus rincones favoritos, doliéndote aún de esa buena felpa de anoche. Dormitas satisfecho, porque a pesar de todo, ella te ha preferido. Tus recorridos por calles y callejones te han dado resultado. El inicio del verano es perfecto. Noches cálidas, hembras intensas que sucumben a tus encantos, a pesar de las peleas en las que resultas demasiado lastimado, porque definitivamente no tienes una figura imponente. No por tu gusto, claro. Tu madre, tu padre, sin cuidados prenatales y esas boberías de las que tú no sabes nada y mucho menos te interesan. No eres grande. No eres fuerte, pero sí encantador. Con una mirada seductora y un porte, si no distinguido, avasallante; sí atractivo. Aunque es cierto que no siempre ellas caen al influjo de tu ensoñadora mirada. Son selectivas, lo sabes también, pero no puedes evitar intervenir en una guerra por ellas. Es bastante lícito, ¿no?

Duermes para recuperar fuerzas. Pero sueñas con la noche de anoche. Ella los convoca en ese terreno baldío, tan alejado del pueblo y de tu zona de confort. Son tanto que te sientes más pequeño de lo que en verdad eres. En el cielo, una hermosa luna empaña ligeramente las estrellas. Ella se contonea por el área, provocando, estimulando sentidos y temperamentos. Tú te mantienes a cierta distancia porque te conoces y no quieres ser lastimado ante de tiempo. Hay unos conatos de pelea, pero ese negro de aspecto gigante los mantiene a raya a la mayoría. Va tras ella. Inicia algunos escarceos, pero es rechazado con gracia. El negro se aparta, pero apenas advierte que un par de morenos se animan también con ella, se planta en su camino y una primera pelea empieza. Tú decides apartarte del círculo de sangre lo necesario, pero sin perder jamás de vista su encantadora figura. Sabes que disfruta como nadie esas peleas.

Capítulo 2

El gigantón se impone. De inmediato va a su lado. Lo desdeña de nuevo. No ha vencido al resto. Él no se muestra conforme, busca dominarla, pero ella es mucho más agresiva. Lo aleja. Tú, en tu lecho dormido te inquietas. Ella te mira. ¡Con sus maravillosos ojos azules ella te mira! Pero también el negro y eso minimiza tu valor, tus ansias por ganarla y tenerla. Prácticamente sales huyendo; cohibido, asustado. Te refugias en el cascarón de un viejo carro todo mohoso. Oyes el escándalo y de nuevo sus ojazos encienden la llama de tu pasión. Controlas tu pánico. Vuelves al baldío donde se ha iniciado una batalla campal. La ves acercándose a ti. Se pasea delante de ti, coqueteándote con el vaivén de su cuerpo. Te invita a que la sigas. Tú vas tras ella mientras los otros pelean a muerte.

Despiertas con sobresalto al ver saltar sobre ti al fornido negro. Apenas si lograste escapar de él. Estiras todo su cuerpo con agrado, pero permaneces acostado. No estás seguro de volver de nuevo esa noche por el mismo lugar. Ninguna de ellas es igual a la anterior. Pasas la mayor parte de la mañana soñando despierto en tu maravillosa noche. Te levantas, molido de todo tu cuerpo, sólo para tomar agua o comer cualquier cosa. Cuando vuelves a tus andadas nocturnas no te interesa mucho comer de más. Descansar, sí, pero sin exagerar porque debes ubicar las zonas de mayor movimiento. Donde encontrar placer y pelea también, que lo uno no existe sin lo otro.

Capítulo 3

Restañas tus heridas la mayor parte del día y al atardecer decides hacer un recorrido por tu pueblo. Cojeas ligeramente; el cálido viento que corre quema tus heridas a la vista, pero te aguantas. No eres el macho entre machos, pero ya en medio del fragor de la pelea, no tienes más remedio que intervenir y te defiendes mucho mejor que otros de tu misma estampa. Identificas otra zona con intenso calor: una mestiza, hermosa también que toma el fresco bajo la sombra de un añoso mango. Notas que ya hay otros rondándola, pero no se atreven a trasponer los límites de su casa. Reconoces a algunos de los que podrían convertirse en tus rivales: el Roy, Tomás, Pancho, el Quijote con el que ya has peleado y tienes –gracias a él– ese horrible tajo en uno de tus hombros. Esa vez creíste que no la librabas. La rabia del Quijote era tal que tú apenas lograste zafarte de sus garras; saliste corriendo como alma que lleva el demonio. El copioso sangrado mina tus fuerzas a medio camino. Apenas llegas a casa y de no ser por los tuyos y sus cuidados, habrías muerto desangrado. Dos semanas fuera de circulación; mimado, sí, pero también severamente reprendido. ¿Por qué? ¿Para qué? Tu vida azarosa te va a provocar la muerte. Pero no puedes evitarlo. No puedes.

Aguardas la noche con suma paciencia. Un poco más fortalecido, pero no bien del todo. La mestiza bonita ya se pasea por su calle. Tú, fiel a tu costumbre, la sigues a ella y los otros a prudente distancia. De las casa vecinas apagan todas las luces. No es espectáculo para ojos cualesquiera, pero algún morboso perseguirá detalles entre las cortinas. Ella los arrastra como a ovejas por su pastor hasta un cercano pradito. Coquetea. Juega con uno y con otro para luego plantarse ante ti y medirte con sus ojos oscuros. El verano es tuyo. Ella también.

Capítulo 4

La noche avanza, el placer no acaba y las peleas se multiplican. Te caen todos encima. Te defiendes, fortalecido por la docilidad de ella. Huyes. Te persiguen derribándote; atenazan tu cuello con la intención de librarse de ti. La figura del Quijote resalta de los otros porque lo conoces mejor. Han coincidido en distintos puntos del pueblo y puedes considerarlo tu camarada cuando no hay noches como aquella de por medio. Juntos han explorado el pueblo y algunas ocasiones se han atrevido ir más allá. Hacia los campos cercanos, pero donde hay gente armada y no dudan en disparar a lo que se mueve demasiado cerca de sus límites. En esos momentos no eres nadie para él, sólo el maldito que se las ha ganado a todos. Esa seguridad te envalentona, peleas con mayor fuerza, hieres a varios que terminan huyendo o al menos alejándose lo suficiente para no sufrir más tu furia.

Eres el gran vencedor y vuelves a su lado, con el pecho por delante, tratando de bufar e intimidar aún más a los que buscan algo con ella, pero lo único que emites son estornudos graciosos pues el polvo y el polen de las cercanas flores, pican tu nariz. Aun así eres el poderoso y como no son muchas tus noches como esa, la disfrutas al máximo.

No vuelves a casa. Amaneces con ella, dominante, no dominado. Los suyos te miran displicentes. Al parecer, le han conocido mejores partidos que tú, pero eso no reduce tu ego. Ella te prefiere y es lo único importante. Por la calle reconoces al brutal negro. Tu mestiza complaciente pierde algo de interés en ti. Lo observa, lo mide y luego te mide de nuevo. Sabes que tu deleite ha llegado a su fin. Pones pies en polvorosa antes que el negrazo invada aquellos terrenos. Has tenido suficiente por esas noches. Te han de extrañar en casa y tú los extrañas a ellos. Bueno, no del todo porque la calle, sus juegos y misterios siempre terminan conquistándote y el hogar sólo lo necesitas cuando resultas malherido y precisas ser apapachado y cuidado con extremo cariño.

El verano apenas empieza, las hembras nunca se acaban y tú estás más que presto para la vagancia, la pelea... el celo.